

El costumbrismo venezolano

Francisco de Sales Pérez

Señor Director,
Señores Académicos:

Alta es la honra que me ha otorgado la Academia Venezolana, correspondiente de la Real Española, al elegirme por individuo suyo.

No me envanezco por tan señalada distinción, pues se muy bien que no la debo a mis propios méritos, sino a la benevolencia y al afecto de los que me favorecieron con su voto: así, mi elevación a este puesto no será nunca motivo de orgullo; pero sí, de eterno agradecimiento.

Quiere mi buena estrella que me haya cabido la honra de sentarme en el sillón que ocupó muy dignamente el ilustrado académico Señor Doctor don Jerónimo E. Blanco, arrebatado en hora infausta, al amor de la familia, a la gloria de las letras, a la prez de la ciencia y a nuestro cariño personal.

Humanista célebre y profesor eminente, fue más notable aún por el ejercicio piadoso de aquella ciencia que brilla más, mientras mayor es la oscuridad en que ejerce su augusto ministerio.

Hombre humilde, carácter honrado, estimaba a los demás por sus méritos, y no por accidentales circunstancias; vio siempre las riquezas como penosa necesidad de la vida, y no se empeñó en acumularlas para aumentar propios merecimientos; vivía dichoso con su modesto patrimonio, y no ejerció la medicina como tarea lucrativa, sino como obra de misericordia, como esparcimiento del corazón, como ciencia cristiana.

Y puede llamársela así; porque cuando otra ha menester de tremendos litigios para distribuir derechos, ella, con mano cariñosa, va distribuyendo consuelos; cuando otra vive abstraída entre las claridades del cielo, siguiendo el curso de los astros, ella, compañera del dolor, vive entre las tristezas de la tierra y sale al encuentro de la muerte para disputarle sus víctimas.

Honorable fue la vida del doctor Blanco y digna de perpetua memoria.

Él deja su nombre a salvo del olvido en obras didácticas importantes, donde la juventud estudiosa encuentra lecciones utilísimas, y en producciones del ingenio que son lustre de nuestras bellas letras y gloria de su autor.

Obrero meritorio de la virtud, creyente sincero, vivió en la fe y en el amor, y murió, reclinada la frente en el regazo de la esperanza.

Yo compendí su vida en tres palabras: Aprendió, enseñó, consoló.

Antes de mí fue elegido para reemplazar al doctor Blanco, el señor general don José María Ortega Martínez, varón notable por más de un concepto.

Tribuno, militar, escritor o magistrado, sobresalió siempre entre sus compañeros.

Constante luchador en la arena de la política, tuvo, como era natural, adversarios vehementes que lo denigran sin piedad, en aquellos tiempos de luchas encarnizadas y de pasiones violentas; pero ¿qué tiene ello de extraño?

Las pasiones no producen más que injusticias.

Cuando el odio rebosa en el corazón, se derrama por los labios convertido en injurias.

Ortega Martínez fue soldado fervoroso de la democracia.

Vino al mundo cuando desaparecían aquellos hombres impíos que se apoyaban en la fuerza del derecho divino para dictar leyes a las naciones y en el derecho inhumano de la fuerza para atropellarlas; cuando se efectuaba la transformación política que levantó los pueblos al nivel de los tronos y el hacha del verdugo sobre la cabeza de los reyes; cuando se erigía un dosel para cada ciudadano y nacía la República en asamblea de próceres.

Alma joven, y como tal, generosa y soñadora, natural era que se entusiasmase con el Evangelio de los pueblos libres.

No halló en su patria tronos que derrocar, ni tiranías que combatir; pero se encontró envuelto en la lucha suscitada por dos sistemas de gobierno que habían dividido las opiniones y exaltado los ánimos: el *Centralismo* y la *Federación*.

Ortega Martínez comprendió que el gobierno federativo ofrecía más amplios horizontes a la libertad política y al derecho individual; que era la fórmula más avanzada y positiva de la verdadera república; y se afilió a su bandera.

Proclamó tal doctrina sin reticencias y la sostuvo en todos los campos.

Entusiasta honrado, idólatra de la libertad, esperaba obtener por ella la emancipación de todas las servidumbres, la igualdad de todos los derechos y la fraternidad de la familia venezolana.

¡Vivió enamorado de su ideal y se llevó a la tumba su amor y su esperanza...!

Después que todo ha pasado; después que el abrazo compasivo de la muerte puso término al afán de aquella existencia tempestuosa; recorro las páginas de su historia y no encuentro surcos de llanto ni huellas de sangre.

Como un hombre de guerra, levantó el brazo armado, pero nunca descargó el golpe; encendió la tea en días de espantosas pasiones, pero no puso fuego al hogar ni al campo del enemigo; su palabra vigorosa brotaba rayos en la tribuna, pero él mismo los apagaba en el aire; en su tintero bullían dardos emponzoñados, pero su pluma cáustica los convertía en picantes burlas al extenderlos sobre el papel.

Como hombre de letras escribió versos llenos de gracia y delicadeza.

Ello basta para desvirtuar todo cargo contra su carácter.

El hombre que ama y cultiva la poesía, tiene blando el corazón y generosas las ideas.

Los hombres crueles no tienen lágrimas en los ojos ni sensibilidad en el alma.

Si poseyeran esas dos cualidades, en lugar de ser los verdugos de la humanidad, serían los trovadores de la virtud, del heroísmo y del amor.

Esta Academia tendrá que agradecerle siempre la decidida y espontánea protección que le prestó cuando tuvo a su cargo el Ministerio de Instrucción Pública.

Cualquiera pensará al oírme hablar de Ortega Martínez, que fuimos correligionarios políticos, y que, al defender su causa, defendiendo la mía propia.

No ha sido así.

Concordábamos en la idea general de la democracia; amábamos con igual entusiasmo el derecho, la justicia y la libertad, pero diferíamos en medios que no es oportuno enumerar.

Así sucede en los asuntos políticos. La hoja de papel interpuesta entre dos opiniones, cobra el espesor de una muralla; separa por inmensas distancias y abismos profundos a hombres nacidos para triunfar o morir al amparo de la misma bandera.

Militamos, pues, en filas opuestas; fuimos adversarios; pero la diferencia de opiniones no me ha impedido nunca reconocer el mérito ajeno.

Al contrario; siento placer en rendir homenaje a la verdad.

Yo creo que quien no sabe ser tolerante con las opiniones ajenas, es indigno de llevar el título de ciudadano de una República. Por eso, cuando me juzgo exento de rencores y capaz de amar a los que combaten mis opiniones, creo que ha inundado mi corazón una gota de aquella sangre divina y generosa que fue derramada en el Gólgota.

He hablado ya de mis honorables antecesores; permitidme ahora que diga algo de mí.

Os protesto que no habré de fastidiaros haciendo mi propia apología.

Se muy bien a lo que me expongo al ocupar un sillón en este docto Cuerpo; primero, por la pobreza de mis méritos, y luego porque conozco la prevención que hay contra las Academias en todo el orbe mundo.

Las Academias son objeto de las más sangrientas burlas; de los más crueles ataques.

Tanto los sabios como los ignorantes procuran ridiculizarlas en picantes epigramas.

Y yo encuentro eso muy natural.

La crítica maligna persigue a cuanto prevalece, como la sombra al cuerpo que se levanta de la superficie.

Si queréis que no haya sombra, poned todas las cosas al mismo nivel.

Víctor Hugo dijo a Gottschalk, para consolarlo de ciertas críticas: “Sólo se tiran piedras al árbol que produce frutas de mérito”.

Tal aversión contra las Academias tráeme a la memoria las cruces rústicas que coloca la piedad cristiana a la vera de los caminos para marcar el sitio en que yace alguien sepultado.

Nuestros campesinos abrigan la creencia supersticiosa de que no debe pasarse por aquel sitio sin arrojar una piedra al pie de la cruz, a manera de ofrenda.

Con el transcurso del tiempo, las piedras acumuladas han servido para formar un pedestal, que crece todos los días; y la cruz, lejos de quedar sepultada, aparece, suspendida por invisible mano, cada vez más elevada.

Así, las piedras que la crítica lanza a las Academias, aunque con distinta intención, van realzándolas más y más. ¿Sabéis por qué? Porque los enemigos sirven tanto a la elevación de los hombres como los mejores amigos.

Los elogios y los ataques vienen a ser como los dos polos: el positivo y el negativo, de cuyo choque resultan la fuerza y la luz.

No creo por esto que las Academias se hayan compuesto siempre de lo más sobresaliente que en ciencias o en bellas artes posea una nación.

No: yo creo que los hombres desaciertan siempre cuando tienen mucho donde escoger.

Yo se que fuera de las Academias hay hombres muy notables que pudieran sentarse en los sillones con más derecho y lucimiento que algunos de aquellos que los ocupan; y si queréis una prueba, fijad la vista en mí, que soy el último entre los cultivadores de las bellas letras de mi patria.

Yo no les he consagrado sino el tiempo que no me reclamaron las letras de cambio, como dijo mi excelente amigo el marqués de Rojas.

Lejos de mí anduvo siempre la idea de que la literatura fuese mi ocupación profesional, y voy a daros la razón con toda ingenuidad, como lo he dicho en otra circunstancia: porque, aunque quiero mucho a los pobres, no amo la pobreza.

Y ¿qué otra cosa, sino miseria, pueden cosechar en este país los que consagran el tiempo a las labores del espíritu?

Admiro y respeto a los que se sacrifican por tan elevado ideal; a aquellos que, después de sufrir todo género de privaciones, arrostran con humildad sublime, el menosprecio de los que creen que sólo de pan vive el hombre.

No puede haber mayor heroísmo que trabajar constantemente por alcanzar un nombre glorioso; nombre que refleje honra sobre la patria, sin esperar otra recompensa que la de ser enterrado por la caridad oficial, en forma de homenaje, y legar a los hijos, por toda herencia, la obligación de pagar algunas deudas de humillante pequeñez, en cambio del derecho a que se grabe algún día sobre la humilde piedra del sepulcro, una lira rota y una corona de laurel!

Comprendo que la fama póstuma vale algo, pero no me he resuelto a vivir vida de martirio, en cambio de la palma insegura de la inmortalidad.

He aquí por qué la literatura no ha sido para mí sino la grata, la honesta distracción de mis horas desocupadas.

Acaso habrá quien diga al verme en esta tribuna, que hacía falta, entre los poetas y maestros del lenguaje, un miembro del gremio comercial para definir lo que es *metro*, lo que es *número*, y lo que es *cantidad*.

Paréceme que estoy oyéndolo, y no me irrito porque tiene razón.

Yo he sido simple aficionado.

¡A cuántos habréis conocido que tocan varios instrumentos, que componen romanzas y melodías preciosas, que hacen versos esmaltados de gracia, y que, sin embargo, no poseen otro arte sino el arte no aprendido de agradar y conmover!

Son ingenios silvestres, es verdad; pero también el lirio de los valles y la parásita de las montañas, que no deben su belleza a los cuidados del jardinero, alcanzan, por misterios del capricho, puesto de honor en los festines.

Mi carrera literaria, si así puedo llamarla, ha sido obra de la casualidad. Tuve desde niño afición a la literatura; pasé en el campo los primeros años de mi juventud; la naturaleza, el libro de la eterna poesía, abierto siempre ante mis ojos, iluminaba mi espíritu y me inspiraba cantos sublimes que morían en mi pensamiento como se extinguen los primeros y vagos ensueños del amor en el alma de candorosa virgen.

Deseaba trasladar mis impresiones al papel, pero desconfiaba de mis fuerzas; sentía algo así como el temor que deben sentir las aves antes de descoger el vuelo por primera vez.

Cuántas veces las habréis visto columpiarse sobre la rama que sostiene el nido que las vio nacer; batir las alas, volver el cuello todavía implume, para contemplar el cielo y el abismo; piar entre alegres y medrosas; y volver luego al nido a pedir mayores fuerzas al reposo, y a esperar que las alegrías de la nueva aurora les den ánimo para lanzarse al espacio.

En esa situación me encontraba cuando un incidente me obligó a escribir mi primer ensayo. Habría quedado eternamente inédito, si un joven, ya célebre en el foro y en las letras, no me hubiera animado a publicarlo.

Voy a decir su nombre porque es honra venezolana en suelo extranjero, y porque creo, con este recuerdo, pagar un tributo de gratitud a la generosa amistad que me dispensó desde mis primeros años.

Fue el doctor Carlos Tirado; aquel jurisconsulto austero, que después de haber brillado en los más culminantes puestos, entristecido por nuestras desgracias, y desalentado por nuestras pasiones, rehusó los honores que su patria le ofrecía y se fue a buscar abrigo, pan y reposo al hogar norteamericano.

El favor inesperado que obtuvo mi primer artículo, me animó a continuar estudiando las costumbres y los vicios sociales, como también la parte censurable de la política.

Tuve cuidado de que el espíritu de partido no desvirtuase nunca mis apreciaciones; procuré siempre decir la verdad sin acritud; no sacrificar una reputación ni amargar una existencia por alcanzar una sonrisa del lector; tocar las úlceras del cuerpo social con pinceles de seda para no lastimarlas; hacerme agradable al público que lee, por lo impersonal de la crítica, sin herir nunca al individuo, aunque sí al vicio; no poner de manifiesto aquellas flaquezas que el pudor manda relegar a la más profunda oscuridad; huir, en suma, del naturalismo grosero que sirve para escandalizar y no para corregir.

Así entiendo yo el género de costumbres, y así debe ser; no la irritante mordacidad, ni el sarcasmo villano y soez con que lo han confundido escritores que, debiendo servir a la sociedad con su talento y alcanzar aplauso, sólo obtuvieron la reprobación y el desprecio.

De aquel modo saludable lo cultivaron escritores que han dejado obras imperecederas.

Citaré en la Madre Patria el inmortal Fígaro; crítico, filósofo, moralista y poeta, en quien se encuentran reunidas todas las facultades de la inteligencia; al Curioso Parlante, el gran maestro del estilo, cuyos cuadros, si bien pobres de colorido, son correctos en el dibujo y fieles en la expresión; a Fray Gerundio, en quien la gracia y la observación corren parejas; a Selgas, menos picante que los anteriores, pero encantador por la gracia de la forma y la sutileza de la intención, y a quien vemos sacar deducciones profundas del juego de palabras con que va formando una red de hilos de oro donde quedan cautivos el pensamiento y la admiración.

Entre nosotros haré mención de Daniel Mendoza, el hijo de las pampas, que inmortalizó su nombre con *El llanero en la capital* y con otras pinturas admirables.

De Teófilo E. Rojas, muerto en el esplendor de su vigorosa primavera, cuando comenzaba a dar los frutos de su fecundo ingenio.

De Jesús María Sistiaga tan lleno de saber como ingenioso, que pintó nuestras costumbres en cuadros originales de incomparable gracia, y escribió fábulas de intención picante que no desdeñarían Iriarte y Samaniego; su nombre será siempre gloria de esta Academia, que lo contó entre sus más ilustres individuos.

De don Rafael Arvelo, nuestro gran poeta satírico –tan ingenioso como Quevedo, pero más espontáneo en los equívocos- demasiado incisivo quizá, pero que se hacía perdonar la causticidad por la gracia y la sutileza.

De Francisco Fontainés, talento múltiple, derribado por el dardo de la muerte al desplegar su vuelo de águila.

De Federico Arroyal, autor de epigramas felicísimos; imitador gallardo de los antiguos trovadores, manejaba la espada y el laúd, y persiguiendo ambas glorias, halló la muerte en la guerra, y en la lira, la inmortalidad.

De Aristides Rojas cuyo sepulcro está todavía húmedo con las lágrimas de nuestro cariño.

De don Tomás Lander; de Pedro José Hernández; de Rafael Agostini; de Alejandro Peoli y de José María Reina que ilustraron el periodismo político en diferentes épocas, con producciones de primer orden.

Prescindo en estas citas de aquellos escritores satíricos que se ejercitaron únicamente en críticas acerbas contra los poetas. Trabajadores infecundos que destruyen el sembrado ajeno y no plantan nada en el propio campo.

Tampoco he querido citar a los que viven, entre los cuales hay nombres ilustres que, en alas de la fama, recorren las *Tres Américas*, y a quienes la posteridad tributará la honra que merecen.

Pocos son, comparativamente, entre nosotros los escritores de costumbres, aunque abundan publicistas eminentes; oradores de grande aliento que honrarían al foro antiguo, y son en esta misma Academia faros luminosos que la llenan de esplendor; poetas de fama universal, que han alcanzado lauros en la Madre España; dramáticos que poseen los secretos del corazón para imponer el aplauso; noveladores célebres, tan ingeniosos en las creaciones como cultos en la forma; narradores de nuestras glorias, que han convertido en poemas los episodios sangrientos del heroísmo y del martirio de nuestros padres, y que serán leídos con entusiasmo y orgullo por nuestros hijos.

Esto me hace creer que para pintar las costumbres se necesitan dotes especiales de carácter más que ingenio.

El talento crea, y yo de mí puedo asegurar que no he inventado nada: apenas si he copiado a la pluma lo que he visto.

Eso puede hacerlo todo el que tenga la facultad de ver claro y de referir con fidelidad.

Si mis humildes cuadros han alcanzado algún favor, deberélo únicamente a que he presentado a mis lectores en lenguaje sencillo y verídico, escenas cómicas, que ellos habían visto muchas veces sin parar la atención en ellas.

No he querido nunca tejer frases retumbantes, ni aturdir con palabras exóticas, ni emplear giros que, a fuerza de ser elevados, no los entiende la gente que camina sobre la tierra.

No creáis por esto que yo soy enemigo del arte en el lenguaje, porque no lo posea, o porque no se amolde al género que he cultivado.

No: yo no pretendo cortar las alas al ingenio, ni limitar el vuelo a los que nacieron para vivir en las regiones del sol.

Se que tal presunción sería imposible, porque si hay algo ilimitable, es el arte en cualquiera de sus manifestaciones, y muy particularmente en los dominios de la literatura.

El cincel modela en piedra formas armónicas, de donde resulta, impasible y serena, la expresión de la belleza.

El pincel recoge los colores esparcidos en la naturaleza, y los traslada al lienzo para transformarlos en vida, luz y movimiento.

El oído se apodera de los sonidos rítmicos que producen los encantos de la música.

Pero, por sobre todos estos atributos del arte, está el lenguaje, que viene a ser el instrumento divino de la emoción, porque compendia, y fecunda, y magnifica, y produce todas las bellezas.

La obra escultórica, cincelada en piedra o tallada en bronce, permanece fría; eternamente inmutable en su forma y en su expresión.

La pintura vive en el lienzo con su belleza, pero nada más que en el lienzo.

La música se difunde en el sonido, y éste si produce impresiones, son tan momentáneas, que apenas percibidas, se desvanecen.

Al paso que el lenguaje es a un tiempo forma, colores y notas, según se exprese en rotunda prosa o en sublimes versos; y en la variedad de la expresión, transforma los objetos, produce sensaciones y emociones diferentes, domina los afectos, levanta el entusiasmo y se hace señor absoluto del llanto y de la risa, del amor y del odio, en virtud del recurso inagotable de la innovación.

Lejos de ser enemigo del arte, lo creo compañero inseparable de las letras.

Desde el poema épico, que consagra las hazañas portentosas de los héroes, hasta el ligero madrigal, comparable al ramillete de olorosos jazmines y de frescas violetas; desde la alta comedia, que enseña retozando, hasta el sainete, que provoca la risa; desde la antigua tragedia, que presiden los impasibles hados, hasta el drama moderno, que ha dado carta de naturaleza y admitido como hidalgas a las pasiones plebeyas; desde el largo cuadro de costumbres, que se desenvuelve de la plaza pública al hogar privado, hasta el travieso epigrama, que deja adivinar lo que no puede decirse sin menoscabo del pudor de la lengua; no hay obras del ingenio humano que no tenga que someterse a las prescripciones del arte, si ha de alcanzar alguna perfección.

He usado en mis humildes trabajos literarios el lenguaje sencillo y fácil que se habla en familia; lenguaje cuya elocuencia está en la ingenuidad, porque he tenido la sana intención de hacer advertencias saludables y he querido que la gente menos docta me entienda sin necesidad de diccionario.

No escribo para los sabios, porque ellos no necesitan de quién los enseñe; ni para los grandes, porque ellos no atienden a las advertencias: escribo para la gente sencilla, sin instrucción y sin soberbia, porque ésta necesita y estima los buenos consejos.

Adopté el género satírico sin pensarlo siquiera.

Mi padre, mi venerado padre, me enseñó a leer en el *Quijote*. Las agudezas de Sancho y las extravagancias del Ingenioso Hidalgo, me hicieron reír en la primera edad; pero después que comprendí el fondo de filosofía moral que hay debajo de aquella superficie trivial en apariencia, me aficioné de tal modo a su lectura y a los propósitos del autor, que, sin saberlo, abrí también campaña contra las flaquezas de los hombres.

Larra, uno de los grandes escritores satíricos del siglo, robusteció mucho mi afición al género, sin que por esto me unciere a su carro.

Tuve siempre la intención de servir con mis escasas fuerzas a la sociedad en que vivo, para retribuirle, en parte, la consideración que me dispensa.

Dudé siempre de que el desempeño pudiera corresponder a mi deseo, y hoy mismo, el verme favorecido con un sillón en esta Academia, no basta a convencerme de mi acierto, sino de que vuestra bondad ha suplido lo que me falta de ingenio. Y es tan grande mi

ventura que, sin títulos, he obtenido la más alta recompensa a que puede aspirar el verdadero mérito.

Al terminar éste, que no llamaré discurso académico, sino expansión íntima, tengo que suplicaros que no me acuséis de rebelde a los preceptos, porque os haya hablado con mi habitual llaneza: yo habría podido, acaso, remontarme un poco, pero he temido que, si me presentaba en esta tribuna con un discurso rebosado de ciencia, de alegorías mitológicas y de reminiscencias bíblicas, no pudierais reconocerme, y que hasta preguntaseis con fundamento dónde pude encontrar disfraz tan lujoso para esta festividad.

Excusadme. “El estilo es el hombre”.

Recibid la más ingenua expresión de mi gratitud, junto con mi abrazo fraternal.

Discurso pronunciado por Francisco de Sales Pérez el día 3 de marzo de 1895 con motivo de su nombramiento como miembro de la Academia Venezolana de la Lengua.